

VIDA Y MUNDO DE HOMERO

I. EL HOMBRE

Opiniones de autores antiguos

Poco se sabe de cierto sobre la vida de Homero, cuya existencia, incluso es puesta en duda. Murray (1) llega a referirse a él, escribiendo su nombre entre comillas, por cuanto lo considera voz genérica, aplicable, en común, a los aedas de la primera Grecia.

Contrasta, en verdad, esta posición de muchos tratadistas con la aceptación general de que gozó en los siglos anteriores a la era cristiana, la realidad del poeta, que nadie puso en duda. “La existencia de Homero —ha escrito Scott (2)— les era tan familiar como sus montañas y ríos”.

Se atribuye a Licurgo (siglo IX a. d. C.) el haber descubierto en Asia, —no se conoce el lugar exacto— los poemas de Homero, cuyos manuscritos conservaban algunos descendientes de Creofilo, amigo legendario del poeta. Licurgo habría tenido a su cargo, luego, la tarea de difundirlos.

Dice Plutarco (3), después de referir cómo Licurgo viajó a Creta y de allí a Asia:

“Descubriendo allí primero, según parece los poemas de Homero guardados por los descendientes de Creofilo, y admirando en ellos entre los episodios que parece fomentar el delei-

(1) MURRAY, G. *Historia de la literatura griega*. Madrid, 1899.

(2) SCOTT, J. A. *Homero y su influencia*. Buenos Aires, 1946.

(3) PLUTARCO. *Vidas paralelas*. (Licurgo, IV).

te y la intemperancia, mezclada con gran artificio y cuidado mucha política y doctrina, los copió con ansia, y los recogió para traerlos consigo, pues aunque había entre los griegos cierta fama obscura de estos poemas, eran pocos los que tenían de ellos algún trozo dislocado, como los había proporcionado el acaso; y Licurgo fué el primero que principalmente los dió a conocer”...

La primera mención concreta de Homero, la hallamos en el poeta Calino (fl. hacia 680 a. d. C.), quien cita la Tebaida” como obra de aquél, pero no menciona para nada “la Ilíada” ni “La Odisea”.

Poco después, Solón se habría interesado por los poemas de Homero, y el citado Plutarco (Vida de Solón, X) le atribuye haber realizado una interpolación en el canto XIII de “La Ilíada”.

Pisistrato, contemporáneo de Solón, es considerado, en general, como “el que coleccionó a Homero”.

Semónides de Amorgos (fl. hacia 630 a. d. C.) se refiere al “hombre de Chíos”, a quien le atribuye una frase proverbial que hallamos en “La Ilíada”.

Píndaro (521-441 a. d. C.) se ocupa de Homero, a quien censura por haber glorificado a Ulises, pero le perdona por haber referido “rectamente con la vara y la sonda, toda la proeza de Ajax”.

Fecha y lugar de nacimiento

Herodoto de Halicarnaso (484-425 a. d. C.) señala estos datos (*):

“Porque me parece que Hesiodo y Homero han sido 400 años mayores que yo y no más, y ellos son los que compusieron la teogonía de los helenos y los que dieron a los dioses sus nombres, y les distribuyeron sus honras y oficios, e indicaron sus formas”.

De acuerdo a esta cita, deberíamos ubicar el nacimiento

(*) HERODOTO. *Los nueve libros de la Historia*, II, 53.

de Homero hacia el 850 a. d. C. En general, los últimos descubrimientos arqueológicos —Creta, Micenas, Troya— y las investigaciones lingüísticas permiten afirmar que los textos primitivos de “La Iliada” corresponden a los comienzos del siglo IX antes de nuestra era.

Claro es que no hay el menor acuerdo sobre el particular. Algunos autores remontan los primeros manuscritos del aludido poema al siglo XII, otros se acercan a nosotros y lo ubican en los siglos VIII y VII a. d. C.

Biografía atribuida a Herodoto

Según una biografía que se atribuye al propio Herodoto (6), el nombre verdadero del poeta sería Melesígeno, por haber nacido en la proximidad del Meles, pequeño arroyo de Esmirna.

Varias ciudades del *Asia Menor* y varias islas del Egeo se disputan la honra de haberle servido de cuna. De este asunto se ocupa Antipatro (397-317 a. d. C.):

“Homero, unos dicen que fué tu matriz Colofón, otros la hermana Chíos, otros Ios, otros proclamaron la afortunada Esmirna, otros Tesalia, madre de los lípitas. Cada cual celebra diferente comarca, pero si me es lícito declarar la sabia profecía de Apolo, tu patria es el vasto cielo y no naciste de mujer mortal sino de Calíope”.

No habría nacido ciego el poeta—según Herodoto—, sino con hermosos ojos. Como quedara huérfano a una edad temprana, se hace, no obstante, cargo de la escuela de su padrastro. A la ciudad de Esmirna, llegaban mercaderes, a comerciar su trigo; terminados sus negocios, concurrían, con sumo gusto a escuchar las lecciones del adolescente Melesígeno. Entre esos mercaderes, figuraba un capitán de navío, Mentés, amante de las letras, quien habiendo simpatizado con él, mostróle la posibilidad de viajar a su lado, para conocer el mundo.

(6) HERODOTO. *Vie d'Homère.*

Los viajes de Homero

Se embarca, pues, el joven preceptor, rumbo a Occidente, "habiendo viajado por Tirrenia e Iberia". Esto dice Herodoto. De regreso, Melesígeno, desembarca en la isla de Itaca, adonde llega afectado de una enfermedad a los ojos, contraída durante los viajes. El capitán, que se convirtiera en su protector, allí lo deja, en casa de Mentor, amigo suyo, y él sigue rumbo a su patria, Leucadia.

Más tarde, regresa a Itaca y encontrándolo mejorado, lo lleva de nuevo consigo, realizando ambos numerosos viajes, que terminan por agravar la enfermedad de la vista. Llegados, por fin, a Colofón, ciudad situada al sur de Focea, se separan definitivamente; a poco, culmina la dolencia del poeta en la ceguera que habría de acompañarle por el resto de sus días.

Poco después, Melesígeno se encuentra en Esmirna, y es allí, en su ciudad natal, donde compone los primeros poemas. Tócale luchar en su ciudad con la incomprensión, quizá por aquello de que "nadie es profeta en su tierra", y entonces resuelve trasladarse a Cyma, ciudad ubicada en el norte de Focea.

Hallándose en camino, hace escala en Neón-Tichos, y allí se aloja en casa de Tichius, un armero, quien luego de enterarse de su condición de poeta y afligido de su ceguera, le ofrece compartir con él su pan. Durante la permanencia de Melesígeno en este pueblo, comienza a cundir su fama de aeda. Hasta un sitio de los alrededores, al pie de un álamo, va el poeta, todas las tardes, a recitar sus versos que le conquistan mucho éxito, pues siempre lo hace rodeado de numerosa concurrencia y en medio de grandes muestras de aprobación.

Su estada en Cyma

Al fin, resuelve reanudar su viaje, rumbo a Cyma, donde se hace conocer y el eco logrado con sus poesías es aún mayor. Los habitantes de Cyma consideran que el poeta, imposibilitado para ganar decorosamente su vida, debe ser mantenido a

expensas del pueblo, y es por esto que formulan un pedido al Senado de la ciudad. En tal oportunidad, un obscuro senador dice, oponiéndose, que “si resolvían mantener a los *homeros* (los cimenos, en su dialecto, llamaban así a los ciegos), se verían acosados por una multitud de gente inútil”.

De allí el nombre de Homero con que se inmortalizó su nombre.

Abandona el poeta, muy dolorido, la ciudad donde se había multiplicado su fama, y se dirige a Focea. Allí conoce a Testórides, maestro de escuela, con veleidades de juglar, quien lo acoge con la presunta intención de protegerlo. Se ofrece, incluso, para escribir los poemas que Homero le dicta.

El plagiarlo Testórides

De pronto, Testórides, con un pretexto cualquiera, abandona la ciudad, llevándose consigo los preciosos manuscritos. Homero dedícase a implorar la caridad, o poco menos, pues lo único que puede brindar es el obsequio de sus versos.

Mercaderes llegados de islas y tierras lejanas, acuden a las reuniones donde recita el poeta. Algunos de ellos, precedentes de la isla de Chíos, se sorprenden pues tienen la certeza de haber escuchado esas mismas composiciones en dicha isla. Le cuentan a Homero el hecho y éste, por las referencias que le transmiten, dáse cuenta que el plagiarlo no puede ser sino Testórides, ahora residente en Chíos, y dedicado a vestirse con glorias y méritos ajenos.

De inmediato, resuelve salir en busca del mal hombre que “había irritado a Júpiter”. Llegado a Chíos —el biógrafo se olvida de decirlo— ignoramos si Homero encontró o no a Testórides.

Poco después, el poeta viaja por mar, hacia el sur, desembarcando en la isla de Samos, y allí conságrase a decir sus poemas en casa de los ricos, que le recompensan su labor. En Samos pasa el invierno.

Un epitafio, en Ios

Llegado el verano, decide trasladarse a Atenas, pero la nave que lo conduce debe hacer escala en la isla de Ios, a consecuencia de haber enfermado, durante la travesía. Homero se agrava, falleciendo allí, en el pequeño islote del Egeo.

Sus restos son enterrados en ese mismo sitio, a orillas del mar. Sobre su tumba —concluye la biografía atribuida a Herodoto— sus admiradores gravan este epitafio:

“La tierra guarda aquí en su seno,
la cabeza sagrada del divino, Homero,
cuya poesía ha ilustrado a los héroes.”

El culto de Homero

Aparte del dudoso viaje del poeta al lejano occidente —Tirrenia, Iberia— sus andanzas se habrían cumplido íntegramente sobre la costa oriental del Egeo y a lo largo de sus aguas, haciendo escala en sus islas, todas las cuales, por ese simple hecho, serían famosas.

En todas esas ciudades se rinde, desde los tiempos más remotos, un verdadero culto religioso a Homero. Se sabe que Colofón honró al poeta con una estatua, donde fueron grabadas estas palabras:

“Tú te perpetuaste con tus dos hijas: almas divinas, dos poemas en honor de los héroes; el uno nos habla del retorno de Ulises, el otro de la guerra de Ilión”.

II. EL POETA

Según autores griegos y latinos

Numerosos autores griegos y latinos de la antigüedad creyeron en la existencia de Homero. Antes de beber la cicuta, Sócrates se consolaba ante sus amigos, diciéndoles que iba a in-

formarse en el otro mundo sobre Agamenón y Ulises, y porque, al fin, estaría con Homero.

Plutarco atribuye a Alcibiades (450-404 a. d. C.) la siguiente aventura (Vida de..., VII):

“Salido ya de la edad pueril, fué a la escuela de un maestro de primeras letras y le pidió algún libro de Homero; mas como respondiese que nada de Homero tenía, le dió una puñada y se marchó. Otro maestro le dijo que tenía un Homero enmendado por él, y entonces le repuso: ¿Cómo enseñas las primeras letras? Siendo capaz de enmendar a Homero, por qué no educas a los jóvenes?...”

Sus poemas, “La Iliada” y “La Odisea” se adoptaron como libros nacionales en Atenas. Algunos siglos después, no sólo eran leídos en las escuelas de toda Grecia, sino en las apartadas naciones, desde la India a Marsella, y desde el Dnieper hasta el Alto Nilo. Prueba de esto es la gran cantidad de papiros con fragmentos de los poemas, hallados en Egipto.

El más divino de los poetas

Para Platón, Homero fué el hombre que educó a la Hélade, y no vaciló en llamarle “el mejor y el más divino de los poetas”...

En su “Retórica”, el grande Aristóteles analiza el estilo y la manera de Homero:

“...muchas veces Homero habla de las cosas inanimadas como animadas, usando de metáfora. Gana aprobación de todos porque logra vivacidad, como en estos pasajes”, etc.

A continuación cita una serie de imágenes, hábilmente entresacadas de los dos poemas mencionados.

Bien sabido es cómo influyó en Alejandro esta inclinación de su maestro Aristóteles. El jefe macedonio se inspiraba en Aquiles, y deseó ganarle en glorias y triunfos. Leía frecuentemente “La Iliada”, para lo cual, durante sus campa-

ñas llevaba siempre consigo un ejemplar del poema. Sobre este asunto, narra Plutarco, en la Vida correspondiente, XXVI:

“Habiéndosele presentado (a Alejandro) una cajita que pareció la cosa más preciosa y rara de todas... preguntó a sus amigos qué sería lo máspreciado y curioso que podría guardarse en ella. Respondiéronle unos una cosa y otros otra, y él dijo que en aquella caja iba a colocar y tener defendida “La Iliada”, de lo que dan testimonio muchos escritores fidedignos.”

Para Cicerón y para Filón, decir poeta era lo mismo que decir Homero, y nosotros entendemos que esto no debe interpretarse sino como un elogio al autor de los poemas mencionados.

Plutarco que no le consagró una de sus “Vidas” (bien pudo hacerlo, desde que se ocupa de personajes semilegendarios como Teseo, aún cuando le hubiera sido difícil hallar entre los romanos “el paralelo” correspondiente) se ocupa no obstante con mucha frecuencia de Homero. Aparte de las citas que hemos señalado, menciona al autor de “La Iliada”, cuando habla de Teseo (Vida, V), de Sertorio (Vida, I) y de algunos otros.

Refiriéndose a Sertorio, en el capítulo I, a modo de introducción, Plutarco señala curiosas coincidencias y circunstancias, cuando **habla**:

“...de dos ciudades que tienen nombres de dos plantas de suavísimo olor, Ios y Esmirna, en la una se dice haber nacido el poeta Homero y haber muerto en la otra”.

Tradiciones que se conservan

Hasta Plutarco (siglo I d. d. C.) se conserva pues la tradición, ajustada a las noticias biográficas que se atribuyen a Herodoto, sobre los lugares que sirvieron de cuna y de tumba al poeta.

Se ha conservado hasta hoy la versión de un certamen entre Homero y Hesíodo, de autor griego anónimo. Según Mu-

rray, se trata de la imitación de una obra compuesta hacia el 400 a. d. C. por el sofista Alcidas, quien a su vez, remozó alguna ficción anterior. Una versión en castellano del original contrapunto, figura como apéndice al t. II de "La Ilíada", en traducción de María Rosa Lida (Edit. Losada, Buenos Aires, 1939).

Los grandes émulos de Homero

La influencia de Homero, es por muchos conceptos, de vasta repercusión. Grandes escritores se inspiraron en sus poemas para producir obras maestras. Virgilio escribe "La Eneida", apoderándose para ello de Eneas, uno de los personajes de "La Ilíada". Milton alcanzó su más alto nivel literario con "El paraíso perdido", de fuerte raíz y substancia homéricas. Apenas tenía 18 años el ilustre escritor inglés, cuando alude en una poesía al "alma entristecida de Ulises.

Un pobre poeta ciego

Sensible resulta que, después de tanta admiración como tuvieron los antiguos por Homero, haya quien afirme paladinamente que el poeta no existió, o que a lo sumo se admita que debió tratarse de un pobre poeta ciego. Sobre este aspecto de la ceguera hallamos, sí, coincidencia de opiniones. No siempre el hecho es afirmado, como una cosa real, sino por simple deducción. Autores hay que sostienen la siguiente singular teoría: En Grecia, todos los hombres útiles fueron guerreros (se habla naturalmente de la Grecia, al tiempo de la guerra de Troya), los cojos, pero robustos, fueron herreros o fabricantes de armas (6); sólo los ciegos, que no servían para otra cosa, fueron poetas.

La creencia de que debió haber en Grecia muchos poetas

(6) Hefesto, nuestro Vulcano, es presentado por Homero (Canto XVIII de "La Ilíada"), como un dios cojo. No sólo los hombres que practican la herrería, sino los dioses que desempeñan ese oficio, eran cojos.

ciegos, aparece incluso en Homero, como se desprende del canto VIII de La Odisea, donde al hablar de Demódoco, dice:

“Compareció el heraldo con el amable aedo, a quien la Musa quería extremadamente y le había dado un bien y un mal: le privó de la vista y le concedió el dulce canto”.

Con los ojos nublados para siempre, aparece el único busto noble de Homero que se conserva, según el modelo del Museo de Nápoles.

A la extraordinaria ciega Hellen Keller, fervorosa lectora de Homero, pertenecen estas emotivas palabras (7):

“Fué “La Ilíada” la que convirtió a Grecia en mi paraíso... Me olvido de mis limitaciones físicas, mi mundo se eleva, me pertenecen la longitud, la amplitud y la extensión de los cielos.”

Los trabajos de Schlieman

Las recientes investigaciones lingüísticas y arqueológicas han irradiado nuevas luces sobre el problema homérico. Está demostrado que el texto primitivo de ambos poemas difiere considerablemente de las versiones modernas. Hubo agregados numerosos y extensos, y abundantes interpolaciones. De todo esto se ocupa con singular erudición el ilustre helenista francés Víctor Berard (8) y (9).

Directa y estrechamente vinculado al esclarecimiento del tema se halla el nombre del alemán Schlieman, de origen humilde, ferviente lector de Homero, en cuya poesía halló fuente de estímulo para empresas audaces. Aferrado a los altos ideales homéricos, Schlieman se convirtió en banquero y logró construir una holgada fortuna, en forma casi fabulosa. En el ocaso de su vida, afrontó de su peculio la titanesca hazaña de las excavaciones que le permitieron descubrir hasta siete Troyas.

(7) KELLER, H. *La historia de mi vida*. N. York, 1902.

(8) BERARD, V. *Introduction a l'Odyssée*. 3 t. París, 1933.

(9) BERARD, V. *L'Odyssée, poesie homérique*. 3 t. París, 1933.

Como lema o norma de su vida, Schlieman habría colocado en la puerta de su dormitorio, este verso de "La Odisea": "Resulta pesado el mucho dormir".

La homerología, campo de discusión

A lo largo de una polémica que es ya secular, la homerología ha sido campo de discusión para los escritores que se ubican en dos bandos opuestos: desde uno de ellos, destácase la posición excéptica, se renuncia a Homero, su obra sería apócrifa —se dice—, se niega la fraternidad de los dos poemas. Desde el otro bando, se levanta una voz optimista pero prudente: Homero —se afirma—, ha existido, trátase del poeta que compuso ambas obras en su forma y texto primitivos; luego hubo enmiendas y agregados, pero sin Homero ambos poemas no hubieran existido. Entre las dos posiciones extremas, se dan las variantes intermedias más diversas.

La fe se hace pasión en algunos homerólogos, a tal extremo que se discute no ya la vida del poeta, sino aspectos singulares del argumento de sus poemas. Así V. Berard emprendió en 1912 un largo viaje por el Mediterráneo, en procura de identificar las distintas escalas donde "se habrían cumplido" las aventuras de Ulises ⁽¹⁰⁾.

Es grande el entusiasmo de otros tratadistas pro-homéricos. Así Perrot escribe ⁽¹¹⁾:

"Somos de aquéllos que creen en la existencia de Homero".

A continuación argumenta de una manera fundamental: Los poemas reflejan fielmente una época; hay en su contenido una continuidad y una coherencia perfectas; sus personajes —algunos actúan en "La Ilíada" y luego en "La Odisea"— muestran una notable constancia en los caracteres; uno de los poemas está animado por un formidable impulso: la có-

⁽¹⁰⁾ BERARD, V. *Les navigations d'Ulysse*. París, 1927-29.

⁽¹¹⁾ PERROT, G. *La question homérique* (En la "Revue de Deux Mondes", París, 1887).

lera de Aquiles; el otro por el afán de Ulises de regresar a su patria.

La opinión de Horacio

Es cierto que a veces afloja la inspiración de Homero; pero en qué poeta grande no ocurre lo mismo. Ya este hecho fué reconocido por Horacio, en "Arte poética", cuando dice:

"...y el mismo soy, el mismo que me indigno
si noto que dormita el buen Homero:
aunque en obra muy larga es disculpable
que asalte el sueño y sin sentir sorprenda."

No conocemos, pese a la abundosa bibliografía consultada, razón alguna, terminante, que nos lleve a negar la existencia de Homero; si bien sobre ella tampoco hay pruebas, a no ser la que proviene de una hermosa tradición, que nos agrada mucho conservar. Al menos los dos poemas "La Iliada" y "La Odisea", escritos en este orden, serían su obra. No afirmamos lo mismo respecto a la parodia "La Batracomiomachia", ni a los llamados "Himnos homéricos", escritos en el estilo y metro que le fueron propios, pero en lenguaje muy posterior al de los dos poemas mencionados más arriba.

Según Herodoto, conoceríamos el mundo real de Homero, vale decir el de sus viajes; trátase de un reducido ambiente, que sólo abarca las costas del Asia Menor y las islas del Egeo, si se exceptúa el dudoso viaje a Tirrenia e Iberia.

III. SU MUNDO

La geografía en "La Iliada"

Sus obras, especialmente "La Iliada" abarcan el mismo escenario. Refiérese este poema, como es sabido, a la guerra de Tróya (la antigua Ilión), sitiada por los aqueos, durante diez años y al fin saqueada y destruida. Esta lucha, el prolon-

gado sitio de la ciudad, es de carácter legendario, pre-histórico. De la evocación de esas acciones bélicas, surge la epopeya griega, que es el relato de los sucesos característicos de una Edad oscura, en que cae por tierra la civilización egea, con la llegada de pueblos bárbaros.

Los invasores, procedentes del norte mezcláronse a los nativos y de esa función surgió el pueblo griego. Al principio, practicáronse varios dialectos, y recién en el siglo III, sobre la base del de Atenas, constituyóse la lengua escrita general de Grecia.

Corresponde a este hecho del desmoronamiento de la cultura egea el tema del primer poema homérico. Situada junto al Helesponto, Troya era lugar obligado de paso de las caravanas y de las naves que marchaban hacia oriente. Las sucesivas destrucciones de la ciudad se explican así, por el recelo que produjo una y otra vez, el resurgir de una plaza que prosperaba rápidamente con el tributo impuesto a las caravanas.

Las ciudades

Grande es el contenido de material histórico que nos muestra "La Ilíada". Las costumbres, las normas sociales, los deportes, aparecen claramente reflejados en el poema. Rico es también el "abstractum" geográfico. La investigación ha sido realizada ya, en forma exitosa, por Leaf, quien se ha ocupado con suficiente detención de los lugares en que se cumplen las principales acciones de "La Ilíada" (12).

En el canto II, al dar el nombre de los caudillos de las naves, Homero informa de paso, sobre los diversos pueblos y Estados que integraban la Grecia. Y así habla de los beocios de los focenses, de los locrenses, de los abantes de Eubea. de los lacedemonios, etc. Rinde también su elogio a la ciudad de Atenas, "la bien edificada", que según Herodoto, el poeta no habría conocido. En ese mismo canto, Homero da noticias de las ciudades que rodeaban el Ponto Euxino y de Troya. en la

(12) LEAF, W. *Troy: Study in Homeric Geography*. Londres, 1912.

Propóntide. Es de señalar que Homero, en verdad, sólo habla del Helesponto (Dardanelos actual), y que sólo después en otros autores griegos aparecen los nombres de Propóntide, Ponto Euxino y Palus Meótides, para designar respectivamente al mar de Mármara, mar Negro y mar de Azof. Pero es indudable que nuestro autor conoció todos esos lugares o tuvo noticias de ellos, pues se refiere a los diversos pueblos de esas comarcas, y se detiene al referirse a los paflagones, habitantes del Ponto Euxino. Afirmamos además nuestros supuestos en las palabras con que se expresa Homero (Canto VII), cuando alude al “espacioso Helesponto”, término que no podría utilizar si sólo hablara del estrecho.

Sobre orografía e hidrografía, Homero se limita en “La Ilíada” a dar nombres de montes —(el Monte Ida, “abundante en fuentes y criador de fieras (canto VIII)— y de ríos: el Peneo, en el extremo septentrional de las naciones griegas; al sur de Troya, el Hermo y el Meandro. La pelea se desarrolla en la llanura, “entre las corrientes del Simois y del Janto” (Canto VI); también habla del Alfeo que riega el país de los pilios, del Jardano, del impetuoso Celadonte y de otros muchos ríos de la Grecia y del Asia (13).

Los viajes fenicios

En el canto VI, Homero habla de Sidón, lo cual revela que poseía noticias de las actividades y de las navegaciones de los fenicios, quienes, como sabemos, ya entonces llegaban a los puertos griegos, con sus mercancías, para realizar el comercio. Allí quedaban a veces, largos meses, hasta terminar sus negocios. De ese contacto, habría de surgir, sin duda, una expansión de los conocimientos geográficos, movimiento del cual se conserva como único eco, la voz de Homero, a través de sus poemas (14).

(13) Entre los numerosos ríos citados por Homero, no aparece el Danubio que poco después cita Hesíodo, con el nombre de Ister.

(14) BERARD, V. *Les phéniciens et l'Odyssee*. Paris, 1902-1903.

Cuando se refiere a la Grecia continental el poeta nombra ciudades, pero evidentemente alude con ello a extensas regiones. Así, al referirse a Atenas, designa todo el Atica; con el nombre de Argos, se refiere a todo el Peloponeso, no obstante que dentro de él, menciona la Arcadia, la Elida, Pilos y Esparta (Lacedemonia), esta última capital de un Estado que comprende la tercera parte meridional de la península.

“La Odisea” y su material geográfico

Escrita mucho después que “La Ilíada”, “La Odisea” muestra horizontes más amplios. Ulises deja de ser personaje de segundo o tercer orden —el del primer poema nombrado—, para convertirse en protagonista. Luego de la guerra de Troya, Ulises vése obligado a viajar por lejanos mares, y el viaje de regreso, azaroso y pintoresco, recuerda, en mucho, como veremos más adelante, las peripecias del Jasón de la leyenda argonántica.

Todo el poema versa sobre el regreso a Itaca, la patria amada de Ulises, pero el navegante debe cumplir una larga aventura que se prolonga diez años, desde Troya al *país de los cicones*, luego de una isla a otra, por zonas reales o mágicas, para llegar finalmente a Itaca.

Los relatos de Telémaco, Néstor y Menelao

Se narran, además, en el poema, otros viajes, ricos también en noticias geográficas. Así los que realizan Telémaco, Néstor y Menelao. Telémaco, el hijo amado de Ulises, estuvo en Pilos y Esparta. Néstor describe su viaje de regreso de Troya. El rubio Menelao ha conocido el Egipto faraónico y otras tierras remotas, como lo hace saber Homero en el canto IV; después de referirse a “las riquezas que traje en mis bajeles”, luego de 8 años de navegación,

“pues en mis peregrinaciones fuí a Chipre, a Fenicia, y conocí a los egipcios, a los etiopes, a los sidonios, a los erembos,

y a la Libia, donde los corderitos echan cuernos muy pronto y las ovejas paren tres veces en un año”.

Noticias sobre los etíopes, los negros lejanos, nuestros sudaneses, aparecen también en el Canto I, donde Homero narra cómo había ido Posidón a ese lejano pueblo de los etíopes:

“los cuales son los postreros de los hombres y forman dos grupos, que habitan uno hacia el ocaso y otro hacia el orto de Hiperión...”.

Se refiere, sin duda, a los dos grupos que vivían sobre ambas riberas del Alto Nilo.

La mención de Chipre, en el relato de Menelao, es considerada por Berard, una interpolación. En el canto XIV, vuelve a hablarse de Fenicia y de Libia, y se menciona por primera vez, “la espaciosa Creta”. Menciónase también al río Egipto, nombre con el cual Homero se refiere al Nilo.

La noción de “isla”

Abundante es el islario homérico. Sembradas a lo largo y a lo ancho del Egeo, las islas aparecen bien identificadas; no ocurre lo mismo con respecto a las islas del Mediterráneo, y menos aún cuando el poeta invade la cuenca occidental del mismo. Sobre este particular, destaca Berard que la palabra “isla” se aplicó en tiempos antiguos a una tierra bordeada de agua, sobre una o varias fachadas, pudiendo también aquélla estar completamente rodeada. Estas últimas serían las islas verdaderas; las primeras, las semi-islas, con dos fachadas frente al mar, fueron consideradas islas por muchos autores antiguos, y seguramente también por Homero, quien así debió confundir penínsulas con tierras insulares.

IV. LOS VIAJES DE ULISES

País de los cicones

El relato de los viajes de Ulises es el tema apasionante de los más hermosos capítulos de “La Odisea”. Terminada la

guerra de Troya, el ingenioso navegante emprende el regreso.

“De Ilión —comienza el relato en el canto IX— me llevó el viento al país de los Cicones”. Se cree que debe referirse a Tracia. Reanudado el viaje, las corrientes de las olas y el Bóreas (viento norte) empujó la nave más allá de Citera, la antigua Citeres, al sur del Peloponeso; en algunos mapas figura con el nombre de Cerigo.

La tierra de los lotófagos

“Desde allí —continúa Ulises— dañosos vientos me llevaron nueve días por el ponto abundante en peces: al décimo arribamos a la tierra de los lotófagos que se nutren con un florido manjar. Bajamos al litoral, y después de hacer aguada, mis compañeros tomaron la comida junto a las ligeras naves”.

Ulises habría llegado a Libia, donde según la relación, sus habitantes se alimentaban de lotos, cuya flor producía el olvido (15). Temeroso de que sus compañeros, perdieran el afán del regreso a la patria, Ulises los ató a los bancos de la nave y les ordenó que remarán.

Los Cíclopes

“Obedecieronme —continúa el relato de Ulises— y sentados por orden en los bancos comenzaron a azotar con los remos el espumoso mar. Partimos con el ánimo aflijido y llegamos a la tierra de los soberbios Cíclopes, gentes sin ley, que confiados en los dioses inmortales, no cultivan los campos ni labran las tierras, sino que todo les nace sin semilla y sin arada...”

Reinaba allí gran abundancia de trigo, cebada y vides. Aquellos hombres gigantesos vivían en las altas y empinadas cumbres, en hondas grutas, sin convencionalismo, ni leyes.

(15) Para algunos autores, el país de los lotófagos sería la isla de Zerbi, próxima a las de las Sirtes. En tiempos antiguos, habría existido un pueblo, sobre la costa africana, los “comedores de dátiles”, que vivían de sus rebaños y del fruto de sus palmeras. De aquí puede derivar la leyenda recogida por Homero.

“Ni muy próximo, ni muy alejado —sigue la relación— existe un islote delante del puerto del país de los Cíclopes. Hállase cubierto de floresta, donde se reproducen con gran cuantía las cabras monteses, jamás asustadas por la presencia del hombre”.

En tierra de los Cíclopes es donde Ulises, encerrado en una cueva por el gigante Polifemo, le ciega de un ojo, con gruesa estaca, subyugándole y adormeciéndole primero con el vino. Ese cíclope era hijo de Posidón, el que ciñe la tierra. A partir de ese momento, el implacable Dios persigue a Ulises, con las más diversas desgracias.

Para Berard, la tierra de los Cíclopes no sería otra sino el país volcánico que se constituye al norte del golfo de Nápoles, desde las bahías hasta el Vesubio. Frente a ese golfo, se encuentra la famosa isla de las Cabras, la actual Capri.

Berard considera la posición relativa de dos islas, una grande, la mencionada Capri, la otra en el mismo golfo, sobre su costa norte, pequeña, apenas un islote que conserva el nombre griego de Nisida. Señala, en su entusiasmo, el helenista francés la concordancia del paisaje de ambas islas con la descripción de Homero, e incluso se refiere a la forma como los habitantes antiguos construían sus viviendas en huecos rocosos de la costa. “Una de estas cavernas —dice— prolongada por el trabajo del hombre, se ha transformado en un verdadero túnel. Es la antigua gruta de Polifemo”. Pero enseguida, el mencionado Berard da una explicación razonable a la aventura de Ulises en ese país. El Cíclope que al final despide a los navegantes arrojándoles grandes moles de piedra, no sería un ser extraordinario, sino “una montaña que aulla, engulle, vomita y lanza piedras, un verdadero volcán en actividad”.

La isla Eolia

En el canto X, Ulises narra su llegada a la isla Eolia, donde es agasajado por Eolo, quien al despedirlo le da encerrado en un cuero de buey, los soplos de los mugidores vien-

tos, y le envía un blando céfiro que ha conducirlo a Itaca. Se trataría de nuestra Stromboli, isla del grupo de las Lípari, verdadero archipiélago volcánico.

En el mismo canto X, Homero narra la desventura ocasionada a los navegantes, por la codicia que despierta en ellos el reluciente hilo de plata con que iba atado el pellejo. Resueltos a descubrir y apoderarse de los supuestos tesoros que aquél encerraría, resolvieron abrirlo, aprovechando el sueño de Ulises, y he aquí que, entonces, suéltanse con violencia los vientos y una *terrible* tempestad se desata, ya cuando se hallaban a la vista del suelo natal. De este modo, la nave retrocede, regresando a la isla Eolia, donde esta vez los navegantes son mal recibidos, pues se los considera como enfrentados a la voluntad de los dioses, y deben partir de inmediato.

Los lestrigones

“Navegamos —cuenta Ulises en el canto X— sin interrupción durante seis días con sus noches y al séptimo llegamos a Telépilo de Lamo, la excelsa ciudad de la Lestrigonia... Apenas arribamos al magnífico puerto, el cual estaba rodeado de ambas partes por escarpadas rocas y tenía en sus extremos riberas prominentes y opuestas que dejaban un estrecho paso”.

Allí conoce Ulises a los lestrigones, pueblo de hombres gigantes, verdaderos piratas y a la vez caníbales. La mitología habla de un pueblo de antropófagos con ese nombre, que habrían poblado Sicilia, vecinos de los Cíclopes. Para diversos autores, este país es la costa sarda, y el puerto adonde arribara la nave estaría situado sobre el estrecho de Bonifacio, que se para Cerdeña de Córcega ⁽¹⁶⁾.

⁽¹⁶⁾ La isla de Cerdeña fué colonizada primero por los fenicios y los etruscos, más tarde por los griegos, que encontraron allí tribus de pueblos primitivos, los *mantuates* y *salassi*, de que habla Estrabón. Estos últimos vivían en los desfiladeros y montañas, y sostuvieron varios combates con los romanos. En más de una ocasión, se defendieron, atacando a las legiones con enormes piedras que hacían despeñar de lo alto.

La isla de Circe

Reemprenden el viaje, llegando a la isla Eea, donde mora Circe, "la de lindas trenzas, deidad poderosa". Esta es la descripción de Ulises (canto X) :

"Y habiendo subido a una altura muy escarpada, me paré y aparecióseme el humo que se alzaba de la espaciosa tierra..."

Y a continuación, agrega :

... "desde escarpada altura contemplé esta isla, que es baja y a su alrededor forma una corona al ponto inmenso, y con mis propios ojos ví salir humo de en medio de ella, a través de los espesos encinares y de la selva"

Circe conoce muchas drogas y mediante una de ellas, transforma en cerdos a los compañeros de Ulises. Allí se quedan luego, una vez anulado el maleficio, durante un año, siendo esta vez muy agasajados.

No hay acuerdo sobre la ubicación de esta isla. Algunos la colocan en el lejano N. E., en la región del ponto Euxino. Más lógico por la relación que sigue después, es colocarla en el Mediterráneo Occidental. En este emplazamiento existe una isla que ha conservado precisamente este nombre. Ubicada sobre el flanco occidental de la península italiana, se trataría de una alta montaña insular; Monte Circeo. le llaman los italianos de hoy.

La aventura de Ulises en la isla Eea se cumple en dos escenarios: en la montaña costera y en el templo alejado de la orilla. En efecto, al fondo de la llanura, más allá de los grandes bosques, en un valle del interior, a una legua de distancia, habría estado emplazado el templo de la diosa. Por extraña coincidencia, al pie de las primeras colinas, tuvieron los romanos su templo levantado en homenaje a la diosa de las fieras, Feronia.

El país de los cimerios

Circe, por fin, los anima a partir. Bóreas conducirá la nave, les dice. Y dirigiéndose a Ulises, agrega :

“Y cuando hayas atravesado el Océano, y llegues a donde hay una playa estrecha y bosques consagrados a Perséfone... detén la nave y encamínate a la tenebrosa morada de Hades”.

Las instrucciones eran más amplias. Ulises debía allí rendir homenajes y sacrificios diversos. Luego, interrogaría a Tiresias, el adivino, quien le indicaría el camino a seguir, para volver a Itaca. Ulises cumple al pie de la letra las indicaciones de la diosa de lindas trenzas.

Por el canto XI del poema, sabemos que llegaron “a los confines del Océano, de profunda corriente. Allí están el pueblo y la ciudad de los Cimerios, entre nieblas y nubes, sin que jamás el sol resplandeciente los ilumine con sus rayos, ni cuando sube al estrellado cielo, ni al declinar del cielo a la tierra, pues una noche perniciosa se extiende sobre los míseros mortales. A tal paraje fué nuestro bajel, que sacamos a la playa; y nosotros, llevando las ovejas, anduvimos a lo largo de la corriente del Océano hasta llegar al sitio que nos indicó Circe”.

Luego se cumple el regreso, descripto así, brevemente, en el canto XII:

“Tan pronto como la nave, dejando la corriente del río Océano, llegó a las olas del vasto mar (se refiere al Mediterráneo) y a la isla Eea... la sacamos a la arena...”

El río-Océano, según Berard

No hay, por cierto, aquí mayor precisión descriptiva. Al hablar del *país de los cimerios*, entre nieblas y nubes, se alude sin duda a una lejana región atlántica, que estuvo habitada por gentes celtas. No pudo en un día de viaje, llegar hasta allí el ingenioso Ulises, ni siquiera a los confines del Océano.

Berard se ha ingeniado en buscar una interpretación a esta parte del relato y sostiene que Ulises debió navegar unos 140 km. de N. O. a S. E., recorriendo las costas occidentales de la península italiana.

“Yo creo —sostiene— que nuestro lago Lucrin y su desembocadura en la bahía de Puzol (Italia), son el río Océano de Homero”.

Ambas etapas, la ida y la vuelta a Circe, se habrían cumplido en la siguiente forma: El buque habría recorrido la parte occidental del golfo de Nápoles, luego rodearía el promontorio de las Bahías, después giraría hacia el norte, siguiendo las costas de Cumas (antigua ciudad de Campania, colonia griega fundada después por los eubeos) y de Gaeta. El viaje de ida y vuelta habría podido cumplirse en el tiempo fijado por el relato.

La famosa Trinacria y las Sirenas

Son diversas las alusiones que hallamos en la Odisea con respecto a una gran isla, llamada Trinacria. En el canto XII, ya de regreso a la isla Eea, Circe adelanta a Ulises una serie de acontecimientos:

“Llegarán primero a las Sirenas, que encantan a cuantos hombres van a encontrarlas. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas, y escucha su voz, ya no vuelve a ver a su esposa... las Sirenas le hechizan con su canto. Pero si quieres escucharlas... haz que te aten en la velera embarcación de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil, y que las cuerdas se ligen a él; y así podrás deleitarte escuchando a las Sirenas. Y en el caso de que supliques o mandes que te suelten, átente con más lazos todavía”...

Más adelante, Circe agrega:

“Llegarás más tarde a la isla de Trinacria, donde pacen las muchas vacas y pingües ovejas del Sol”.

De la manera anunciada, se cumple el viaje, que Berard interpreta de la siguiente manera: Dejando el Monte Circeo, los veleros que van a Sicilia pasan por el estrecho de Capri, y la salida de este estrecho es vigilada por el pequeño archipiélago de las Sirenas, constituido por tres islotes rocosos ubi-

cados delante de Amalfi. Entre ellos se ofrece una especie de abrigo, donde solían refugiarse los piratas, a la espera de los navíos que salían de dicho estrecho, para abordarlos. El más elevado de esos islotes conserva todavía en su vértice, las ruinas de una antigua fortaleza construida en la Edad Media por los habitantes de la costa vecina, para impedir que los piratas musulmanes se instalaran en esos lugares. La atracción de tales escollos en la navegación encerraba los mismos peligros que la de las sirenas, pues fácilmente se naufragaba allí, con lo cual, ya no se volvía “a ver a su esposa”.

Escila y Caribdis

Más allá de dicho archipiélago rocoso, Ulises debió seguir —siempre según Berard— hasta la isla de Strómboli, y allí se le ofrecerían las dos rutas de que habla Circe:

“A un lado, se alzan peñas prominentes, contra las cuales rugen las inmensas olas de la ojizarca Anfirite: llámanlas Erráticas los bienaventurados dioses. Por allí no pasan las naves sin peligro... Al lado opuesto hay dos escollos”...

Allí ubica Homero la residencia de Escila y de Caribdis (¹⁷), especies de mujeres-monstruos, funestos para el navegante.

Las dos rutas que se le ofrecen a Ulises, se muestran efectivamente al sur de Strómboli; a la derecha, hacia el Oeste, en dirección a Trapani está el vértice occidental de Sicilia; a la izquierda, hacia Messina se hallaría el puerto de Caribdis. El héroe elige esta última ruta, la del Este.

Es evidente que Homero no tuvo conocimiento real de los mares y costas italianas y sicilianas, pero debió tener noticias de la existencia de la isla que él llama “Thrinakrié” (Tridente, isla de Tridente, posiblemente porque la imaginó de forma

(¹⁷) Scilla y Caribdis fueron nombres fenicios, que significaron respectivamente *la Roca* y el *Agujero de la Muerte*.

semejante al Peloponeso o a la península Calcídica, vale decir como isla, o semi-isla, con tres prolongaciones rocosas avanzadas hacia el mar. Los autores posteriores a Homero, llamaron a Sicilia, isla del Triángulo, o de los tres Cabos. etc.

La verdad es que al tiempo de Homero, los griegos no habían llegado a Sicilia, aún cuando debían tener noticias de su existencia, pues en efecto. Homero habla en diversas partes de "La Odisea", de los sicanos y de los sículos, como pueblos originarios de aquel país. Efectivamente esos pueblos existieron en Sicilia, distribuyéndose el territorio, los primeros al oeste, los segundos al este. Posteriormente llegaron los fenicios, que fundaron colonias, la mayor de ellas Panormus (Palermo), y finalmente arribaron los griegos.

Los sicanos y los sículos

Sorprende que en los cantos XX y XXIV del poema, aparezca citada la isla con los nombres de Sicania y Sicilia. Poetas y prosistas posteriores a Homero llaman con uno y otro nombre a la isla referida. Se trata de evidentes agregados. Todo el canto XXIV es considerado una interpolación, pues contiene noticias que los griegos poseyeron sólo tres siglos después de la época en que Homero debió escribir "La Odisea". En dicho canto, dice el poeta, hablando del viejo Laertes, padre de Ulises:

"Una vieja sícula le cuidaba con gran solicitud, allá en el campo, lejos de la ciudad".

¿Cómo se explica la llegada de esa mujer sícula a Itaca? La verdad es que los griegos no habían descubierto aún la lejána Sicilia.

La isla del Sol

"Después que nos hubimos escapado —sigue el relato de Ulises, canto XII— de aquellas rocas, de la horrenda Caribdis

y de Escila, llegamos muy pronto a la irreprochable isla del dios; allí pacían las hermosas vacas, de ancha frente, y muchas pingües ovejas del Sol, hijo de Hiperión. Desde el mar, en la negra nave, oí el mugido de las vacas encerradas en los establos y el balido de las ovejas, y me acordé de las palabras del vate ciego, Tiresias el Tebano, y de Circe de Eea, la cual me encargó muy mucho que huýese de la isla del Sol, que alegra a los mortales.”

Berard cree que Homero se está refiriendo al puerto — no isla— de Messina, célebre entre los marinos antiguos, por sus grandes bueyes rojos, color de fuego.

Ulises detiene la nave “en el hondo puerto” y allí desembarcan. Fuertes y encontrados vientos soplan y retienen allí la embarcación hasta que cesa el vendaval. Entonces dánse de nuevo a la vela.

“Cuando hubimos dejado atrás aquella isla (sigue Ulises, canto XII) y ya no se divisaba tierra alguna, sino tan solamente el cielo y el mar, el Cronión colocó por cima de la concava nave una azulada nube, debajo de la cual se oscureció el ponto. No anduvo la embarcación largo rato, pues sopló enseguida el estridente Céfiro (viento del O.) y desencadenándose produjo gran tempestad”...

Y más adelante, agrega:

“Pronto cesó el sopro violento del Céfiro, que causaba la tempestad, y de repente sobrevino el Noto (viento sur), el cual me afligió el ánimo con llevarme de nuevo hacia la temible Caribdis...”

“Desde aquel lugar fui errante breves días y en la noche del décimo lleváronme los dioses a la isla Ogigia, donde vive Calipo, la de las lindas trenzas”...

La isla de Calipo

Como se ve, la alternancia de los vientos del sur y del norte, explican las idas y venidas de Ulises, franqueando del lado occidental el estrecho de Messina. Luego es arrastrado nueve días a la deriva, pero hacia el Oeste. Sobre la ubicación de la

isla de Calipso, se han dado las más diversas interpretaciones. Unos la colocan en la isla de Gozzo, al norte de Malta, entre Sicilia y Africa (18). Para otros la famosa Ogigia no sería otra sino la isla de Córcega, basándose para esto en la afinidad de flora y de fauna entre ésta y la que describe Homero. Hablando de la gruta donde Calipso retuvo a Ulises, dice el poeta (canto V):

“Ardía en el hogar un gran fuego y el olor del hendible cedro y de la tuya, que en él se quemaban, se difundían por la isla hasta muy lejos... Rodeando la gruta, había crecido una verde selva de chopos, álamos y cipreses olorosos, donde anidaban aves de luengas alas: buhos, gavilanes y cornejas marinas de ancha lengua, a las que sustenta el ponto. Allí mismo, junto a la honda cueva, extendíase una viña floreciente, cargada de racimos en sazón... Veíanse en contorno frescos y amenos prados de violetas y apio silvestre...”

La Atlántida

Berard ubica la isla de Calipso en la región berberisca, en el lejano occidente, “puesto —dice— que el héroe para volver, debe conservar siempre el norte sobre su izquierda (19); teniendo pues el levante delante de él, el oeste detrás y el sur a su derecha. Buscando algún paraje donde prospere el cedro, “el hendible cedro”, señala la costa africana, Marruecos, y frente a ésta, la isla de Perejil, donde según el mencionado he-lenista, se habría cumplido la más hermosa aventura de Ulises.

Dicha isla, ubicada en frente de Gibraltar, al pie del antiguo Atlas, posee grandes praderas cubiertas de violetas; abundan allí las aves señaladas en “La Odisea”. Esta isla se habría

(18) Hasta hace poco, figuraba en los mapas el grupo de las Calipsas o de Malta, comprendiendo las islas de Malta, Gozzo, Comino, Cominatti y Fofa.

(19) “Calipso, insigne entre las Diosas le había ordenado que tuviera la Osa a mano izquierda durante la travesía. Diecisiete días navegó a través del ponto, y el décimoctavo pudo ver los umbrosos montes del país de los feacios”... (*La Odisea*, canto V).

hecho legendaria entre los griegos, antes de que ellos frecuentaran las aguas adyacentes a las columnas de Hércules. A juicio de Bérard esta isla habría sido el origen de la fabulosa Atlántida (20).

Calipso enamorada de Ulises, se propone retenerlo allí indefinidamente. Le ofrece su amor, y junto con él la juventud eterna. Pero el héroe no hace sino pensar en la lejana esposa, su amada Penélope, y desecha la posibilidad de unirse a una Diosa. Siete años queda allí en la isla, como idiotizado, nostálgico, impotente, hasta que al entrar el octavo año, Calipso, decepcionada, le permite partir.

El país de los feacios

Luego de navegar 17 días, llegan al país de los feacios. En ese país, reina Alcino, padre de la hermosa y dulce doncella Nausicaa. Los feacios constituyen un pueblo hospitalario, semifabuloso; se cree que procedían de las costas occidentales de Italia. También se afirma que, en los tiempos de Homero, los feacios se habrían también establecido en Africa. Cartago no existía aún, pero sí Utica, ciudad de la que se ocupa Plinio. Allí vivieron los primitivos feacios, que según Berard, debieron hallarse en parentesco o en alianza con los pobladores primitivos de la colonia griega mencionada. Citada como Esqueria, por Homero, la isla se llamó después Corcira y finalmente Corfú. Fué siempre, por su ubicación en el mar Jonio, escala importante entre Grecia e Italia.

V. LA PATRIA DEL HÉROE

Noticias de Itaca

El bajel de Ulises muévase al fin, raudo, veloz, y así se desliza, envuelto nuestro héroe en profundo sueño, bajo la pro-

(20) De este asunto, se ocupa Plinio cuando dice: "Háblase también de otra isla sita frente al monte Atlas, a la cual se la llama asimismo Atlantis" (*Historia Natural*, IV, p. 199).

tección de la inmortal Atenea, hasta llegar a Itaca. Cuando el ingenioso navegante despierta, hállase, por fin, tras 20 años de ausencia, en la patria amada.

Indudablemente, la Itaca de Ulises es la isla actual que lleva el mismo nombre. El protagonista de "La Odisea" da de ella estas referencias (Canto IX) :

"Habitó en Itaca —le dice al rey Alcino— que se ve a distancia, en ella se alza el monte Nérito, cuyos ingentes árboles baten los vientos... Itaca no se eleva mucho sobre el mar, y es más distante del continente y emerge de las aguas del lado de la noche"...

Sobre las condiciones naturales de la isla, insiste luego el propio Homero (Canto XIII) :

"Está en el país de Itaca el puerto de Forcis, el anciano del mar, formado por dos orillas prominentes y escarpadas que convergen hacia las puntas y protegen exteriormente de las grandes olas y los vientos, de funesto soplo; y en el interior, las corvas naves, de muchos bancos, permanecen sin amarras así que llegan al fondeadero..."

Y agrega en el mismo Canto, la protectora Palas Atenea :

"Es, en verdad (la isla), áspera e impropia para la equitación; pero no completamente estéril, aunque pequeña, pues produce trigo en abundancia y también vino; nunca le falta ni la lluvia ni el fecundo rocío; es muy a propósito para apacentar cabras y bueyes; cría bosques de todas clases y tiene abrevaderos que jamás se agotan".

Itaca ofrece al marino diversos puntos de desembarco. En "La Odisea" se habla de cuatro: el puerto de la ciudad, el de Forcis, el del Barranco y el del Porquero. En los tiempos del poeta, los dos primeros eran los más importantes. Capital de la isla, el "puerto de la ciudad", estaba ubicado sobre el estrecho que separa Itaca de Cefalonia, vale decir sobre la costa occidental de Itaca. En el sitio que antes ocupara el puerto de Forcis, o sea en la ensenada profunda que se abre en el sur

de la isla, sobre la costa oriental, se levanta hoy Puerto Vathy, la moderna capital de Itaca.

El reino de Ulises

Los reyes de aquella isla, en los tiempos homéricos, gobernaban en realidad la pequeña confederación que comprendía además de Itaca, las islas de Zante, Duliquio y Same. El nombre de esta última fué cambiado luego por Cefalonia. En el canto IV de "La Odisea" se habla del complot que fraguan los pretendientes contra Telémaco, a quien se proponen dar muerte a su regreso de Lacedemonia. Para ello, han de esperarlo "en el estrecho que separa a Itaca de la abrupta Same". Con este último nombre era conocida, en efecto, la capital de la gran isla próxima a Itaca; algunas ruinas de ella se levantan todavía, frente al mencionado estrecho.

La isla de Zante ha conservado su nombre. En cuanto a Duliquio, no hemos podido ubicarla en ningún mapa antiguo ni moderno. Actualmente, algunos autores suelen aplicar este nombre a la parte septentrional de Cefalonia; otros lo aplican a la parte meridional de Leucadia.

La navegación en el Egeo

El mundo de Homero tiene su centro en el Egeo, hermoso y tranquilo mar interior que los marinos de ambas costas conocían, como las palmas de sus manos. La periodicidad de los vientos, de las tempestades, de las calmas, de las corrientes marinas son conocidas por ellos. En el Egeo es posible navegar sin perder de vista, casi, una costa próxima, y esa función orientadora la cumplen las islas que en líneas paralelas de este a oeste, amenizan sus aguas.

Para entrar en Grecia, los marinos procedentes del Asia Menor navegaban con cautela, siguiendo el camino que les trazaba el rosario de islas: Tenedos, Lesbos, Chios, Psara, Amorgos, Naxos, etc. Sólo cuando alguna divinidad interviene en

los poemas homéricos, se acorta el viaje. cruzando diagonalmente el Egeo. Tal ocurre a Néstor, en su regreso de Troya (Canto III de “La Odisea”), y así lo expresa él:

“Mientras deliberábamos, acerca de la larga navegación que nos esperaba, a saber, si pasaríamos por cima de la escabrosa Chíos, hacia la isla de Psiria (o Psara), para dejarla a la izquierda, o por debajo de aquélla a lo largo del ventoso Miante. Suplicamos a la divinidad que nos mostrase alguna señal y nos la dió ordenándonos que atravesáramos el piélago con rumbo a la Eubea a fin de que huyéramos lo antes posible del infortunio venidero.”

Las grandes islas

En los poemas homéricos se habla de casi todas las islas del Egeo. El poeta ocúpase en diversos pasajes de “La Ilíada”, de Samotracia, de Lemnos, de Tenedos, de Lesbos y también de Delos, Chíos, Samos, Rodas, etc.

Se refiere varias veces a la gran isla de Eubea, cuyo cabo meridional es la escala más cómoda entre los puertos aqueos y las costas de Ilión. En Eubea habitaban los abantes, que usaban armas y poseían costumbres muy particulares. Así, por ejemplo, diferenciábanse de los “melenudos aqueos”, en que se afeitaban la parte anterior de la cabeza.

Los vientos

Grande es la función que Homero atribuye a los vientos, especialmente al Bóreas y al Céfiro. Actúan a la manera de sus dioses, regulando los destinos humanos.

“Como el Céfiro —dice en el canto VII de “La Ilíada”— cayendo sobre el mar, encrespa las olas, y el ponto negrea”...

A veces, el Céfiro (viento del oeste) es suave para Homero, otras veces es violento y por tal razón lo menciona junto al terrible viento del norte, el Bóreas. Aristóteles llama al céfiro el más dulce de los vientos. Para nuestro poeta, su origen está

en las Islas Afortunadas, y de ahí su frecuente bonanza Sólo en el Egeo, y especialmente cerca de la entrada del Helesponto, el Céfito se torna a veces violento y peligroso para los confiados navegantes.

VI. HOMERO Y EL OCCIDENTE ANTIGUO

El río-Océano y Tartessos

Homero supone que la tierra es un disco flotando sobre el agua y rodeado por el río-oceano. Este último tendría sus fuentes en el lejano occidente. En ambos poemas hay referencias concretas a un mar exterior. Así, en el Canto VIII de “La Iliada”, dice Zeus, dirigiéndose a Hera:

“Aunque te vayas a los confines de la tierra y del mar, donde moran Jafeto y Cronos, que no disfrutaron de los rayos del Sol Hiperión ni de los vientos, y se hallan rodeados por el profundo Tártaro”...

En el canto XIV del mismo poema, es Hera la que dice:

“Voy a los confines de la fértil tierra para ver a Océano, padre de los Dioses”...

En el canto IV de “La Odisea”, expresa Homero:

“Por lo que a tí se refiere, Menelao, alumno de Zeus, no es voz de los dioses que mueras ni cumplas tu destino en Argos, fecunda en corceles, sino que los inmortales te enviarán a los Campos Elíseos, al extremo de la tierra, donde se halla el rubio Radamantis — allí se vive dichosamente, allí jamás hay nieve, ni invierno largo, ni lluvia, sino que el Océano envía el suave aliento del céfito para que refresque a los hombres”...

Los Campos Elíseos

Estrabón es un entusiasta de Homero y afirma que el poeta debió conocer España, donde se hallaban los Campos Elí-

seos, mansión de las almas piadosas. Pero, por otra parte, también en el lejano Occidente ubica el poeta el tenebroso país de la muerte. Además, la mención de Radamantis, implica la vecindad de Minos, pues según el mismo Homero (Canto XI de "La Odisea") :

"Allí ví a Minos, ilustre vástago de Zeus, sentado y empuñando áureo cetro, pues administraba justicia a los difuntos. Estos, unos sentados y otros en pie, a su alrededor, exponían sus causas al soberano, en la morada de anchas puertas, de Hades."

Hades era el rey de los Infiernos, es decir del interior de la Tierra. Radamantis era juez de los muertos, junto con Minos. Los Campos Elíseos, en cambio, constituían una especie de paraíso terrenal, un lugar apacible, privilegiado, donde a su muerte, hallaban descanso los héroes y los seres protegidos por los dioses.

Sabido es que en Iberia existió, ya 6 000 años antes de Cristo un verdadero imperio, Tartessos (21). Estrabón cree que Homero debe aludir a él, cuando habla de los Campos Elíseos. Y así dice en su "Geographiká" (libro III, 2, 12) (22) :

"El poeta (Homero) que tantas cosas cantó y de tanto dió noticia, brinda ocasión para pensar si no tuvo realmente conocimiento de estos lugares. Si alguien quisiera juzgar rectamente de la cuestión, tendría que considerar tanto las cosas que dijo con poca fortuna como las que manifestó con más razón y verdad".

Cuando Homero alude a la región del Tártaro, seguramente, —cree Estrabón— es que ha oído hablar de Tartessos, "asi-

(21) Schulten descubrió en 1922, las ruinas de Mainake, fundada por los focenses en Iberia. No ha tenido el mismo éxito en sus excavaciones en busca de los restos de la milenaria Tartessos. Sobre los primitivos pueblos de España, interesa leer, además del conocido "Tartessos", las siguientes obras del mencionado hombre de ciencia: "Los etruscos en España" (1930) y "Los tirrenos en España" (1940).

(22) GARCÍA Y BELLIDO, A. *España y los españoles hace 2.000 años, según la Geografía de Estrabón*. Madrid, 1945.

milando —agrega— este nombre al de Tártaros, para aplicarlo luego a la parte más alejada de las regiones subterráneas, no sin embellecerlo de mucha ficción, conforme al uso de los poetas”.

Las expediciones de Hércules y de los fenicios

La historia dice que el primer griego llegado a Tartessos fué Kolaios, hacia el siglo VII a. d. C. Sólo después llegaron los focenses instalando Mainake, sobre la costa oriental de Iberia, siendo ésta la primera colonia griega en dicha península. Pero los tirios tenían contacto con el imperio tartésico, desde un poco antes de fundar Gadir, (nuestro Cádiz), vale decir antes del siglo XII a. d. C. A través de los tirios, pudo, pues tener noticias Homero de los tartesios, y ésta es, precisamente, la conclusión a que arriba Estrabón (Op. cit. libro III, 2, 13), cuando dice:

“...la expedición de Herakles (Hércules) y la de los phoínikes (fenicios) a estos parajes diéronle (a Homero), de sus habitantes, la idea de un pueblo rico y de buena condición; así, pues, su sujeción a los phoínikes fué tan completa que hoy día (Estrabón escribe en el siglo I. d. C.) la mayoría de las ciudades de Tourdetania (corresponde a la actual Andalucía) y de las regiones vecinas están habitadas por aquéllos”.

Por otra parte, señala Estrabón la existencia en Iberia de una ciudad llamada Odysseia, un templo Athená, y “mil otros indicios de las andanzas del héroe (Ulises) y de los demás que sobrevivieron a la guerra troyana”.

Colonización mítica de España

Como se ve, en un tiempo, fué tradicional que Ulises habría estado en España, donde habría fundado Odysseia, ciudad emplazada en la región de Sierra Nevada, provincia de Granada.

Además de Ulises, otros héroes griegos dispersos y errantes, luego de la conquista de Troya, habrían estado en Iberia.

Entre ellos, Teúkros, hijo de Talamón, hermano de Aias, quien habría navegado por el Mediterráneo, en compañía de fieles amigos. Una de sus andanzas sería el viaje a la lejana Iberia. De este viaje se ocupan Estrabón y con más detalles, Iustinus.

Según Asklepiades ⁽²³⁾, en el templo de Atenas se conservaban escudos y espolones de navíos, en memoria de los viajes de Ulises y de Teúkros. De acuerdo a otra creencia, Ulises habría sido el fundador de Ulisipón, u Olisipón (Lisboa) ⁽²⁴⁾. Otro supuesto navegante que habría llegado a Iberia, sería el osado Antenor, al que se le atribuyen largas travesías, por mares y tierras, habiendo permanecido un tiempo en el noroeste de Iberia, acompañado de Okélla. También a Amphilochos, a quien se menciona en "La Odisea", se le atribuye un viaje a Iberia. .

Opiniones de Estrabón y de Pomponio Mela

En su descripción de la costa ibérica del Mediterráneo, dice Estrabón, luego de referirse a las columnas de Hércules y a Mainake:

"después viene Abdera, (en la costa almeriense, cercana a la de Granada), fundación de los phoínikes... Allende estos lugares, en la región montañosa, se dice está Odysseia, y en ella el santuario de Athenaá, como atestiguan Poseidonios, Artemí-doros y Asklepiades...".

Para Estrabón todo lo que dice Homero es real; el autor de "La Odisea", lejos de haber elaborado un poema, dando rienda suelta a la fantasía, habría cumplido otra función, la de convertir, dice aquél:

⁽²³⁾ Nacido en Myrleia, ciudad del Asia Menor, entre fines del siglo II y comienzos del I. a. d. C. Ejerció la enseñanza de la gramática en Roma y después en España. Se le atribuye una obra sobre la Tourdetania, de la que sólo se conservan fragmentos, a través de Estrabón.

⁽²⁴⁾ Tácito atribuye a Ulises otras funciones. Hablando de Germania, dice: "Piensan algunos que Ulises en su larga y fabulosa navegación, en que anduvo vagando, llegó a este Océano, y entró en Germania, y que fundó en ella a Asciburgio"... Se trataría de Asburgo o Asberg, a orillas del Rin.

“lo histórico en narración fabulosa, según costumbre de los poetas”.

Para Estrabón, gran parte de las aventuras de Ulises, se habrían cumplido, efectivamente, al oeste de las Stélai (columnas de Hércules), en el mar exterior que entonces era conocido como Atlantikón Pélagos. En su apoyo, cita Estrabón a Crates de Mallos (180-145 a. d. C.) quien no habría vacilado en hacerse eco de las narraciones, “vertiendo la poesía de Homero en la ciencia”.

Según García y Bellido, las leyendas sobre colonización mítica de España, son posteriores a Homero, y quizá arrancan en el efecto que produce “La Odisea” sobre las generaciones que se solazan luego en la lectura del poema.

Otro autor romano, que se hace eco de supuestas fundaciones griegas en España, es Pomponio Mela, (siglo I d. d. C.) (25). Así dice en su “Chorographia” (II, 4):

“En el primero de los golfos dichos (se está refiriendo a las costas del Atlántico, ni bien se sale de las columnas de Hércules) hay un puerto llamado Gaditanum y un bosque llamado Oleastrum... A continuación hay un templo y un altar consagrado a Iuno. En el mismo está el Monumentum Cepionis, alzado más bien sobre una roca que sobre una isla” (26).

Proceden los íberos del Asia Menor?

En un trabajo reciente (27) sobre migraciones mediterráneas, se afronta el estudio del origen de los primitivos pueblos del Occidente europeo, y en particular de los que poblaron Iberia. ¿Procedieron de Africa los íberos? ¿No se produjo acaso la corriente migratoria, en sentido inverso, de Iberia hacia Afri-

(25) GARCÍA Y BELLIDO, A. *La España del siglo I de nuestra era, según Pomponio Mela y C. Plinio*. Bs. Aires, 1947.

(26) Es la actual Chipiona, en la desembocadura del Guadalquivir. Trátase de un monumento en forma de faro.

(27) MENGHIN, O. F. A. *Migraciones Mediterráneas. Origen de los lígures, íberos, aquitanos y vascos*. (En “Runa”, archivo para las ciencias del hombre. Bs. Aires, 1948).

ca? Trombetti se refiere, en esta segunda suposición, a una capa vasco-caucásica o ibero-caucásica. Pareciera que la investigación lingüística sobre el particular no ha dado suficientes luces. Y entonces se acude al rastreo de los mitos Sigamos al autor de dicho trabajo, el Dr. Menghin:

“Ciertamente por vía histórica ya no se puede averiguar más, pero quizá se pueda encontrar algo histórico rastreando los mitos, como por ejemplo el de la princesa Pyrene, de la cual tomarían su nombre los Pirineos. Otros ejemplos son el ciclo de leyendas alrededor de Tartessos y los cuentos de Hércules’.

Valiosa opinión que corrobora nuestra tesis. El mito no debe ser totalmente desdeñado. Cuando la lingüística y la arqueología no alcanzan a iluminar suficientemente, algún problema de carácter etnogónico bien está que acudamos a la leyenda, que es al fin tradición, pre-historia, en cuya elaboración han intervenido indudablemente, y en dosis muy diversas, la fantasía y la verdad. Pero ¿por qué dudar siempre de lo mítico?

“En general, —sostiene el Dr. Menghin— soy partidario de que se preste crédito a las tradiciones, siempre que no existan razones de fuerza mayor que obliguen a lo contrario”.

¿Qué fondo de verdad existe en los supuestos viajes de Ulises, de Hércules y de otros héroes de Troya al entonces lejano occidente? Es innegable que hay al menos, en la concepción homérica una poderosa intuición. Manifiéstase, a través de ella, una muestra más de lo que fué el genio griego, artista y creador de verdad y de belleza.

VII. GEOGRAFÍA MÍTICA DE HOMERO

Las Amazonas

No siempre Homero es creador del mito. A menudo repite narraciones antiguas. Parece que, incluso antes que él hubo

nedas que cantaron las aventuras de Ulises. La noticia la hallamos en Aristóteles (Poética, IV, 9) :

“De los predecesores de Homero —dice— conocemos un poema semejante”.

Pero no da el nombre, y esto prueba que nuestro poeta es el primero; todo lo anterior a él es anónimo. Las musas podrán haber inspirado antes a otros griegos, pero todo debió ser juego de juglares y nada de ello quedó escrito.

Anteriores a él, son por ejemplo, la leyenda de las Amazonas (28), de cuyos orígenes se ocupa Plutarco, en su “Vida de Teseo”, XXVI y XXVIII. Muchos antiguos cuentos egipcios terminan con el envío de sus personajes a los Campos de Ialou, semejantes a los Campos Elíseos, donde se cumple para ellos la dicha eterna, prometida a los justos y a los buenos.

El viaje de Jasón

La leyenda sobre el viaje de Jasón y sus compañeros, los argonautas, es —como se sabe— anterior a Homero, y de este viaje hay evidentes reminiscencias en “La Odisea”, pues en mucho se asemeja el regreso de Ulises al de los aventureros tripulantes del “Argos”. El viaje de los argonautas, los ansiosos conquistadores del vellocino de oro, se ubica hacia el 1.300 a. d. C., pero las versiones poéticas son muy posteriores, especialmente la de Apolonio de Rodas y la de Valerio Flaco, en las cuales, el regreso de Jasón se cumple por latitudes apartadas, propias de un “ecúmene” más desarrollado que el de Homero.

Pero nuestro poeta conoce la leyenda, y de ello tenemos la prueba en el Canto XII de “La Odisea”, donde al hablar de

(28) De las Amazonas, habla Homero dos veces en “La Iliada”, cuando dice, por boca de Príamo: “Entre ellos (se refiere a los habitantes de la Frigia) me hallaba a fuer de aliado, el día en que llegaron las varoniles amazonas”, (Canto III), y cuando relata las hazañas de Belerofonte: “En tercer lugar quitó la vida a las varoniles amazonas”, (Canto VI).

los peligros que significaban las Sirenas. más allá del estrecho de Messina, dice Homero que ninguna embarcación pudo salvarse por allí del naufragio, y agrega:

“Tan sólo logró doblar aquellas rocas una nave, surcadora del ponto, Argo, por todos tan celebrada, al volver del país de Eetes; y también a ésta habríala estrellado el oleaje contra las grandes peñas, si Hera no la hubiese hecho pasar, por su afecto a Jasón.

Homero toma, su fabuloso personaje, Circe, de la leyenda argonáutica, donde la mágica diosa transforma en osos y tigres a los compañeros de Jasón, así como en “La Odisea”, transforma en cerdos a los de Ulises.

Es posible que otros personajes —Calipso, Eolo, etc.— pertenezcan a tradiciones anteriores, pero lo innegable es que la poesía de Homero les da frescura y los viste de una simpar belleza. Hay una verdadera re-creación y a la vez una afirmación del mito, con la dignidad y la novedad que le prestan los inmortales versos del más notable de los aedas griegos.

Cosmogonía griega

Los conocimientos cosmogónicos de su época influyen sobre toda la obra de Homero. Separando la geografía homérica real de la mítica, sólo cabe incluir en la primera el “ecúmene” abarcado por los siguientes límites: al norte: la Tracia; al sur: la Etiopía y la Libia; al este, el Ponto Euxino y la Cólquida; al oeste: las aguas de Sicilia. Dentro de esos límites las descripciones abundan en detalles, como lo hemos mostrado en nuestro examen del mundo de Homero. Fuera de ellos, todo pertenece a una esfera de encantamiento. La mayor precisión corresponde, indudablemente, al Egeo, escenario predilecto de los navegantes de la primera Grecia. Por esta razón, en “La Ilíada”, la geografía es real; en tanto en “La Odisea”, es fantástica, en casi todo lo que se refiere al regreso de Ulises. entremezclándose influencias argonáuticas, concepciones mitoló-

gicas, leyendas arcaicas, e incluso reminiscencias de viajes fenicios dentro del Mediterráneo. Los periplos de Hannon y de Himilcon, que exceden las columnas de Hércules, sabemos que son posteriores a Homero.

El mapamundi referido a la geografía mítica de Homero termina en el Occidente, con dos países fabulosos: el de los Cimerios, hacia el noroeste, envuelto en densas nieblas, y los Campos Elíseos, indudable referencia al imperio tartésico.

La tierra, como un disco

La tierra era, para el autor de "La Odisea" un disco ⁽²⁹⁾, sobre el cual se cernía la bóveda del cielo, esta última sostenida por las columnas de las que fuera sostenedor primitivo el poderoso Atlas, hasta que Hércules acudió en su ayuda. El disco de la tierra estaba dividido en dos partes por las aguas que inundaban el Mediterráneo, (el ponto, le llama él), el Mar Egeo y el Ponto Euximo (Mar Negro). El Fasis era un río que comunicaba el Ponto Euxino con el Océano Oriental, así como a través de las columnas de Hércules hallaba comunicación el Mediterráneo con el Océano Occidental.

Esos dos océanos se comunicaban a su vez, constituyendo el mar exterior o río-océano que aparece representado en el escudo de Aquiles, (Canto XVIII de la *Iliada*):

"En la orla del sólido escudo representó la poderosa corriente del río Océano".

Dentro de la orla, aparecían representadas "la tierra, el cielo, el mar, el sol infatigable y la luna llena".

(29) Ese disco, como hemos dicho, flotaba sobre las aguas del Océano, y se caracterizaba por hallarse ligeramente inclinado hacia el Sur, debido al considerable peso de la vegetación del trópico. Esta inclinación determinaría el hecho admitido, en general, por los antiguos de que los ríos de Europa corrían todos de norte a sur. El mismo Nilo tendría pendiente en la misma dirección, pues según una versión egipcia, recogida por Herodoto, dicho río tendría sus fuentes en el ponto, (Mediterráneo) y debido al movimiento de las aguas de este mar se originarían las crecidas del poderoso cauce.

El movimiento del Sol

En la concepción cosmogónica de Homero, el sol cumplía su ciclo diurno de una manera sencilla: se levantaba, por la mañana emergiendo del Océano oriental. En el canto V de "La Ilíada", habla Homero del astro "que luce en otoño y brilla más después de bañarse en el Océano" Por la tarde, hundíase el Sol en el Océano de Occidente. Entonces, realizábase un viaje nocturno muy interesante; conducido por un bajel de oro, obra misteriosa de Vulcano, el Sol era llevado rápidamente hacia el norte y de allí al Oriente, siempre por vía subterránea. Al día siguiente, el sol emergía de nuevo del Océano, y así sucesivamente. Esta antigua tradición fué recogida por Tácito (80):

"Más allá de los Suyones —dice, ocupándose de describir los distintos pueblos de Germania— hay otro mar tan perezoso, y que casi no se mueve; y se cree que es el que cerca y ciñe la redondez de la tierra, porque después de puesto el sol se ve siempre aquél su resplandor que deja hasta que vuelve a nacer, de manera que oscurece las estrellas. Y también hay opinión, que se oye el ruido que el sol hace al zambullirse en el Océano, y que se ven las figuras de los dioses, y los rayos de la cabeza..."

VIII. HOMBRES Y DIOSOS

Combates frente a Ilíón

La lucha frente a Troya, magníficamente descrita en "La Ilíada", es una sucesión de combates entre aqueos y troyanos, donde se destacan los principales héroes de uno y otro bando: Aquiles, Héctor, Diómedes, Ayante, Eneas, Ulises y muchos otros. Inclínase la lucha hacia uno u otro lado, según la voluntad de los dioses: Zeus, Posidón, Atenea, Afrodita. Estos

(80) TÁCITO. *Las historias. Costumbres de los germanos*. Traducción de Carlos Coloma. Bs. Aires, 1944.

dioses y diosas no sólo animan a los combatientes, sino que a menudo intervienen en la pelea. Todo es maravilloso en Homero, en cuyo mundo de ficción se habla de ríos prodigiosos que corren del Monte Ida hacia el mar, pero que de pronto son desviados para que dirijan sus corrientes hacia la muralla donde se combate. Entonces, interviene Posidón:

“Iba al frente de los ríos el mismo Posidón, que bate la tierra, con el tridente en la mano, y tiró a las olas todos los cimientos de troncos y piedras que con tanta fatiga echaron los aqueos, lo dejó todo raso con la rápida corriente del Helesponto, enarenó la gran playa en que estuvo el destruido muro, y volvió los ríos a los cauces por donde discurrían sus cristalinas aguas”.

Los grandes dioses

En la mitología homérica, cada Dios actúa en una determinada esfera. Hades reina en las tinieblas del Infierno, Zeus es dueño y señor del Cielo ⁽⁸¹⁾, Posidón ejerce su voluntad sobre el espumoso mar, aún cuando, por lo visto, también decide sobre el curso de los ríos.

Los ríos homéricos

Hermoso tema el de los ríos homéricos, a veces considerados también como dioses, engendrados de hombres ⁽⁸²⁾ y

(81) Este era, en verdad, el dios de los Dioses y nadie podía combatir con él. Así lo afirma Homero: “A él no le igualan ni el fuerte Aqueloo, ni el grande y poderoso Océano de profunda corriente, del que nacen todos los ríos, todo el mar y todas las fuentes y grandes pozos; pues también el Océano teme el rayo del gran Zeus y el espantoso trueno, cuando retumba desde el cielo”. (*La Ilíada*, canto XXI).

(82) El nombre de Homero habría sido Melesígeno, ya lo hemos dicho, por haber nacido a orillas del río Meles. Cuando el poeta habla de hombres engendrados por ríos, se refiere sin duda a un hecho simbólico; se trata de hombres nacidos en la región bañada por uno de ellos. También es de muy fuerte simbolismo, la lucha de Aquiles con un río de Troya, pues allí es el río el que le ataca enfurecido, como si tratara de ponerse de parte de sus hijos, ya que los ríos homéricos, una y otra vez, se sienten animados de una especie de genio tutelar. Por otra parte, la lucha mencionada da una singular belleza al canto XXI de “*La Ilíada*”.

a su vez engendrados por dioses. Así, el Janto (canto XIV de "La Ilíada"), de hermosa corriente, habría sido engendrado por Zeus; pero a su vez algunos personajes han nacido de ríos; así Diocles, sería descendiente del anchuroso Alfeo (Canto V de "La Ilíada") "que riega el país de los pilios".

Dioses demasiado humanos

Se inculpa a Homero de no haber concebido un Espíritu del mal, a quien hacer responsable de las malas acciones humanas. Es por esto que sus dioses aparecen a veces revestidos de inmoralidad, o inclinados a ciertos actos innobles. De ahí las críticas de que lo hacen objeto autores antiguos.

Xenófanes de Colofón (fl. hacia fines del siglo VI a. d. C.) se refiere a Homero, para decir:

"Todo lo achacó a los Dioses, todo cuanto entre los hombres es tacha y agravio: robar, adulterar y engañarse unos a otros".

Jerónimo, historiador griego de cuyos escritos sólo se conservan algunos fragmentos, refiere que:

"...habiendo descendido Pitágoras al infierno, vió el alma de Homero, colgada de un árbol, y cercada de culebras, por lo que había dicho de los dioses".

De manera muy similar, se expresa Heráclito (576-480 a. d. c.), al sostener que Homero era digno de que "se le arroja de los certámenes y se le golpease con varas".

No hay duda que los dioses de Homero son demasiado humanos, en cuanto descienden a la tierra, tienen apetencias y a menudo se entregan a los placeres del sensualismo. Así se explica, en el canto I de "La Ilíada", cómo se demora la iniciación de las hostilidades frente a Ilión, debido a que Zeus, se halla lejos, muy ocupado, participando de un festín:

"Ayer se marchó Zeus al Océano —cuenta Tetis—, al

país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos los dioses le siguieron. De aquí a doce días volverá al Olimpo”.

No pudiendo ser consultado el gran Dios, la lucha no puede dar comienzo.

El “icor” de los dioses

Dioses terrestres los de “La Iliada”, que participan del combate, y corren todos los riesgos, menos el de la muerte. Incluso, reciben heridas. En el canto V, uno de los héroes persigue a la diosa Cipria:

“Tan pronto como llegó a alcanzarla por entre la multitud —dice Homero— el hijo del magnánimo Tideo, calando la afilada pica, rasguñó la tierna mano de la diosa; la punta atravesó el peplo divino, obra de las mismas Gracias, y rompió la piel de la palma. Brotó la sangre divina, el *icor*; que tal es lo que fluye en las venas de los bienaventurados dioses, pues no comen pan ni beben el negro vino, y por esto carecen de sangre y son llamados inmortales”.

Las heridas de los dioses tenían fácil cura; mediante milagrosas drogas calmantes, era posible detener “la sangre divina”.

El engaño de Zeus

De atrevido erotismo es el contenido del canto XIV de “La Iliada”, donde se describe el engaño de que es objeto Zeus, por Hera, su esposa. El gran Dios, asediado por el Deseo y excitado por la hermosa deidad, se entrega al amor de ella, en las cumbres del Ida.

...“y el hijo de Cronos estrechó en sus brazos a la esposa. La divina tierra produjo verde hierba, loto fresco, azafrán y jacinto espeso y tierno para levantarlos del suelo. Acostáronse allí y cubriéronse con una hermosa nube dorada, de la cual caían lucientes gotas de rocío”.

Obsérvese la poética descripción de las circunstancias que hermocean la cópula. Se trataba de apartar a Zeus del combate, de modo que el Dios Posidón pudiera proteger libremente a los dánaos, inclinando en su favor la lucha. Y éste fué el habilidoso engaño de que fué objeto Zeus, por su mujer, aliada de Posidón.

De la misma manera como Homero pone la debilidad humana en el proceder de los dioses, se complace en elevar a los hombres al nivel de los cielos. Los aqueos luchan, frente a Troya, por la devolución de Helena. Despedázanse los hombres de uno y otro bando, por obtener para el suyo el carnal trofeo. Bien vale —reconocen los mismos personajes del poema— la pena de volcar tanta sangre, si al fin existe la gloria del rescate de la hermosa Helena, la incomparable mujer de la “funesta liviandad”.

La Amistad: Aquiles y Patroclo

A partir del canto XVIII de “La Ilíada”, una fuerza tanto o más poderosa, la Amistad, mueve las acciones cuya dirección asume ahora decididamente, el protagonista del poema.

Aquiles acaba de enterarse de la muerte de su fiel escudero y amigo, Patroclo, y toda su cólera anterior desaparece y concéntrase su voluntad en un sólo objetivo: la venganza. A partir de este instante, cobra singular interés y fuerte dramatismo la anécdota. El hondo sufrimiento de Aquiles, “cuyo gran corazón se deshacía en suspiros”, explota en manifestaciones de profundo dolor, de humana desesperación, y así, cuando dice, el de los pies ligeros:

“Muera yo en el acto, ya que no pude socorrer al amigo, cuando lo mataron; ha perecido lejos de su país y sin tenerme al lado para que le librara de la desgracia”.

Ulises, el rey de la aventura

Si en Aquiles está representado el jefe guerrero, el héroe

de Troya, por antonomasia, en Ulises aparece el rey de la aventura, de grandes concepciones y poderosa imaginación, a cuyo servicio pone también una gran voluntad que le hace vencer todos los obstáculos. Mézclase, en Ulises, en adecuada dosis, la osadía y la prudencia, de modo que a veces aparece como previéndolo todo; otras, como si todo lo arriesgara. Trátase de un hijo de la primera Grecia, y posee, con gran densidad todas sus excelsitudes.

Poseído de un gran amor a su patria —Itaca— y a su mujer fidelísima —Penélope—, resiste todas las tentaciones. Calipso llega a ofrecerle la inmortalidad, pero no lo consigue. Tampoco logra Alcinoos casarlo con su hija, la hermosa doncella Nausicaa.

El respeto a la mujer

En ambos poemas, se rinde culto a la belleza de la mujer, celosamente respetada siempre por el hombre. Este respeto es doblemente digno de encomio, pues se cumple, como lo establece Jaeger, “en una sociedad mundana, masculina, violenta y guerrera” (88).

En el canto IX de “La Ilíada”, el rey de hombres Agaménón confiesa lo siguiente:

“Con ellas le entregaré la hija de Briseo que entonces le quité (a Zeus), y juraré solemnemente que jamás subí a su lecho ni me uní con ella, como es costumbre entre hombres y mujeres”.

Esa posición, frente a las mujeres cautivas o siervas, aparece también con la misma jerarquía moral, en “La Odisea”, pues allí puede verse como se conduce al viejo Laertes —el padre de Ulises— frente a la esclava sícula, a la que adquirió por un precio elevado, pero a quien no osó nunca perder la elemental consideración.

(88) JAEGER W. *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. 3 t. México, 1948.

El enorme poeta niño

Nadie ha dicho hasta hoy su entusiasmo por Homero con más propiedad, fuerza y poesía, que el grande Víctor Hugo. Hablando de los genios, comienza por él, y dice (*):

“Homero es el enorme poeta niño. El mundo nace, Homero canta. Es el pájaro de esa aurora”.

Así es en efecto. Nada es Grecia antes de Homero. Después de él, lo es todo: Historia, Geografía, Arte, Ciencia. Y el milagro se produce exactamente allí, donde nace Homero, en las costas de la Jonia, donde se produce por primera vez el encuentro fecundo del Oriente con el Occidente.

No hay otro poeta anterior a Homero. Después de él, muchos le imitan. Nadie le alcanza. Por los siglos de los siglos, Homero seguirá siendo, como lo expresa Hugo, “el enorme poeta niño”.

ELIAS DIAZ MOLANO

(*) Hugo, V. *Shakespeare*. París, 1864.